



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

PRO

Hacia mucho tiempo que no escuchaba la expresión “es un hombre de pro”, que se utiliza como un elogio. En cierto sentido, todos lo somos, porque en nuestras vidas tienen una importancia enorme las palabras que empiezan con ese prefijo. Al ser humano le define el hecho de elaborar pro-yectos y de hacer pro-mesas. Ambas palabras lanzan hacia el futuro. Por eso, son apropiadas para el comienzo de un año nuevo, lo que me recuerda otra palabra que también comparte el prefijo –procrastinador–, que significa dejar todas las cosas para mañana o para comenzarlas en una fiesta señalada, como

por ejemplo el inicio del año. Funciona la creencia mágica de que esa fecha nos capacitará para hacer borrón y cuenta nueva, emerger a la luz como recién nacidos, inocentes e incansables. Me intriga la fascinación humana por el cambio. Los libros de autoayuda lo prometen, y por eso tienen tanto éxito. En las listas de libros más vendidos hay varios que llevan en su título la palabra reinventarse. La promesa de cambio siempre tiene eficacia electoral. Se cifra en la innovación la solución para nuestros problemas, como antaño se cifró en la revolución. Ese deseo de cambiar tiene una doble raíz. Puede estar provocado por el malestar. En principio, quien es feliz no quiere que las cosas se alteren, sino que permanezcan. “Detente, oh sol, y contempla este instante feliz”, dice Fausto. Los filósofos griegos consideraban que el movimiento y el cambio eran la gran imperfección. Los teólogos cristianos definían la eternidad celestial como *tota*

simul et perfecta possessio (la posesión perfecta y simultánea de todo). Algo así como la gran quietud. Sólo el inquieto quiere salir de su situación. Pero el deseo de cambiar puede tener una fuente más optimista. Los seres humanos necesitamos sentir que pro-gresamos. Se trata de un deseo expansivo, que nos saca de nuestras casillas, nos hace aspirar a formas más perfectas, nos desequilibra para reequilibrarnos al alza o a la baja, como la bolsa. En una ocasión le preguntaron a François Mauriac, premio Nobel de Literatura, quién le hubiera gustado ser, y él respondió: “*Moi même, mais reussi*” (“Yo, pero logrado”), es decir, una versión mejorada de mí mismo. La palabra progreso ha perdido el hábito poético que tuvo en el siglo XIX, que fue una época

LOS SERES HUMANOS TENEMOS LA NECESIDAD DE SENTIR QUE PROGRESAMOS. SE TRATA DE UN DESEO EXPANSIVO

optimista. Después de los horrores del siglo XX, todos nos hemos vuelto escépticos y decepcionados. Deberíamos recuperar las viejas ilusiones. Y cuando utilizo la palabra deber siempre quiero decir “nos conviene”. Los ilustrados creían en la infinita perfectibilidad del ser humano y esto, al menos desde el punto de vista educativo, es una buena hipótesis,

porque la contraria tiene consecuencias desastrosas. Los psicólogos hablan de las profecías que se cumplen por el hecho de enunciarlas, y los pedagogos hablamos del efecto Pigmalión, en referencia a un curioso experimento realizado en una escuela estadounidense. Rosenthal y Jacobson falsificaron los expedientes de unos malos alumnos cuando pasaron de un nivel a otro y dijeron a sus nuevos profesores que la escuela tenía muchas esperanzas puestas en esos chicos. Al final del curso, esos desastrosos alumnos se habían convertido en buenos estudiantes. Habían cumplido las expectativas de sus profesores sobre ellos. La confianza debería estar al principio, no al final. El estudio al que me refiero se titulaba *Pigmalión en el aula*. A mí me gustaría escribir otros que se llamaran *Pigmalión en la familia*, *Pigmalión en la ciudad*, *Pigmalión en la sociedad*. Explicaría que ese efecto puede ser ascendente o descendente, y que junto al efecto Pigmalión hay el efecto Genet, del que les hablaré la semana que viene. ■



Raúl